
CRÍTICA DE LIBROS

Magali UHL

Subjectivité et sciences humaines: Essai de métasociologie

Beauchesne, París, 2005

Para quienes se dedican al estudio sociológico, no por una «casualidad» profesional, sino por voluntad de conocimiento y sabiduría (en ese contexto «admirativo» del que hablaban Platón y Aristóteles como el punto de arranque del filosofar), dentro de la sempiterna tradición intelectual que ha recorrido la historia de la humanidad, no pueden dejar de reconocer en el libro de la profesora Magali Uhl el profundo latir de un corazón ávido de devolver a la sociología la profundidad intelectual que merece. Esto significa, principalmente, repensar a fondo y desde el comienzo el carácter de la investigación sociológica. La obra de Uhl es, por lo tanto, una «investigación sobre la investigación» (*recherche sur la recherche*), una meta-investigación y, por lo mismo, una meta-sociología. Este trabajo de fondo tiene la pretensión de bucear en los fundamentos mismos de la investigación sociológica, en sus condiciones de posibilidad, para no dar nada por supuesto, y poder, por así decir, reconstruir las ciencias humanas.

Se pueden indicar tres grandes hilos conductores del libro de Uhl: primero, la enérgica y fundamentada defensa del carácter pluridisciplinar de las ciencias humanas. Segundo, y dentro de ese mismo espíritu pluridisciplinar, la profesora Magali Uhl pretende evidenciar la necesidad de una reflexión (y, por

tanto, de una formación) filosófica por parte del sociólogo sobre la sociología. Tercero, y dentro de una clara orientación kantiana y fenomenológica (que puede ser discutible, por supuesto), establece el principio del «sujeto constituyente de la investigación». Estos tres hilos que constituyen el pensamiento de Uhl no son de extrañar si se atiende a los autores que han influido en ella: Edgar Morin, Alain Gras (su director de tesis doctoral en sociología), Michael Henry, Henri Bergson o Edmund Husserl, entre otros. Sin embargo, el libro está plagado de referencias a autores de tan diversas procedencias disciplinares como Kant o Weber, Bourdieu o Sartre, Freud o Levinas, etc.

Con respecto al «primer hilo conductor», se puede decir que Magali Uhl es heredera de la mejor reflexión humana que considera la realidad como una «totalidad» indisoluble y, por lo tanto, necesitada de una investigación compleja y pluridisciplinar. En este sentido, Magali Uhl estaría de acuerdo con la sentencia hegeliana «das Wahre ist das Ganze» (la verdad es el todo). De este modo, siguiendo a Georges Devereux, Uhl apuesta por la pluridisciplinariedad (una verdadera integración cognoscitiva) y no simplemente por la interdisciplinariedad (del tipo aditivo, fusionante, sintético o paralelo) (p. 148). Para Uhl sólo la multireferencialidad, la complementariedad y

la transversalidad epistemológica son capaces de dar cuenta de la complejidad inherente de la realidad social. El carácter multidisciplinar se encuentra tanto entre las distintas disciplinas, como dentro del propio marco multiparadigmático de la sociología. Así, la socióloga francesa afirma lo siguiente: «parto de la idea de que un paradigma sociológico único es incapaz de dar cuenta de la totalidad de la realidad social (totalité de la réalité sociale), sobre todo en el dominio de la sociología del conocimiento» (p. 130). Este carácter complejo y abierto de la realidad social es, precisamente, lo que quiere poner de manifiesto Uhl con afirmaciones tan rotundas como ésta: «trazar fronteras —teóricas o administrativas— entre dos disciplinas vecinas tiene algo de artificial y de ilusorio. El enclaustramiento disciplinar implica en efecto el establecimiento de “fronteras” que pretenden delimitar territorios específicos (campos), objetos particulares (temáticas) y caminos propios (métodos)» (p. 27). Estas barreras artificiales son, empero, susceptibles de ser obviadas, porque a fin de cuentas no tienen en consideración «la liberté, consubstantielle à la recherche, de s'évader et de détruire son propre système de territorialisation ou d'enfermement» (*Ibidem*¹).

En cualquier caso, esta clara voluntad de complementariedad epistemológica² y el carácter artificial de las delimitaciones de las ciencias sociales, es analizado con profundidad

¹ En esta afirmación se deja entrever ya esa importancia constituyente del investigador sobre la investigación (cf. *infra*, «tercer hilo conductor»).

² Complementariedad constituida —según Uhl— por tres principios que no podemos desarrollar aquí: especificidad disciplinar, principio de la no simultaneidad y principio de la destrucción (*Abtötungsprinzip*).

en la primera parte del libro (los cuatro primeros capítulos), donde la socióloga francesa reflexiona sistemáticamente (y demostrando un gran conocimiento y finura de análisis) sobre las relaciones entre la sociología y la etnología, la historia, la psicología y la filosofía, respectivamente. Como conclusión Uhl afirma que el «enclaustramiento disciplinario, lejos de favorecer el conocimiento sociológico, lo repliega sobre sí mismo y lo mutila» (p. 24). De hecho, de estas disciplinas la sociología necesita de nociones epistemológicas como «alteridad, temporalidad, hermenéutica histórica, auto-reflexividad, sentido vivido, ontología, etc.»

Precisamente, (y éste es el «segundo hilo conductor») de estas disciplinas la que presenta una especial importancia para la sociología es la filosofía. De hecho, la autora desde el comienzo del libro comprendió su tarea no sólo como una «meta-sociología», sino como una verdadera «philosophie de la sociologie» (si bien es cierto que entendida en un claro sentido kantiano, como veremos más abajo). En cualquier caso, Uhl demuestra a lo largo de todo el libro que para ser un buen sociólogo hay que tener mucho de filósofo. Es cierto que en España hay importantes sociólogos con buena formación filosófica, pero creo que no me desvío mucho de la verdad si digo que tales sociólogos pertenecen, sobre todo, a las primeras generaciones que comenzaron a institucionalizar y asentar nuestra disciplina en España. Sin embargo, no hay más que mirar los planes de estudio de la licenciatura en Sociología, para afirmar con Uhl que «la sociología canónica actual, fundada sobre la investigación empírica, oculta sin embargo su herencia filosófica y profundiza la fosa que separa las dos disciplinas» (p. 81). No obstante lo dicho, también es verdad que, paradójicamente, «la mayor parte de los

sociólogos que han marcado la historia de la disciplina son de formación filosófica y utilizan en sus escritos las problemáticas, las temáticas y las conceptualizaciones de la filosofía clásica» (p. 82).

Esta polémica entre las relaciones entre la filosofía y la sociología se remonta hasta el nacimiento mismo de nuestra disciplina. A pesar del esfuerzo consciente de los padres fundadores por situar la Sociología dentro de los saberes «positivos» en oposición a los especulativos, lo que muestra la historia de los orígenes de la sociología es un profundo arraigo y dependencia de presupuestos filosóficos. Todo el desarrollo posterior de esta situación originaria ha dado lugar a una desastrosa oposición entre dos tipos de sociología: «la sociología “científica” y la sociología “literaria”, “filosófica” o “ensayista”» (p. 10), y la primera es la que Uhl califica de «canónica», de la que dice ha sufrido «una descualificación de la investigación teórica en beneficio del “terreno” y de la sociología “profesionalizante”, “aplicada”, “dirigida” por una demanda social, en suma utilitaria o prestadora de servicios» (p. 15). La socióloga francesa hace una feroz crítica al hecho de «fetichizar una sola forma de “terreno”» (p. 17) en detrimento de otro tipo de “terreno” igualmente necesario: el sumergirse en libros de otros colegas y el riguroso estudio de teorías más especulativas.

Como no podía ser de otro modo, una de las cuestiones filosóficas más acuciantes para Uhl es la que tiene que ver con la relación entre el investigador y su objeto de investigación; es decir, a fin de cuentas el proceso de investigación en cuanto tal, y concretamente el que se establece en el ámbito sociológico. A ello dedicaremos el último de los hilos conductores. Sin embargo, aparte de esta cuestión, la que considero más importante es la propiamente

ontológica, que parece estar ausente de los trabajos empíricos de la «sociología canónica actual». En efecto, «todo conocimiento de la realidad humana, incluso empírica, es tributaria de una metafísica explícita o implícita» (p. 97)³. Este análisis ontológico desemboca, por lo mismo, en una antropología filosófica que se pregunta de una manera general sobre el hombre y su destino, y por otra parte, del hombre en sociedad. Junto a ello, Uhl afirma que toda investigación sociológica presupone o está fundada en una ontología (e, incluso, en una metafísica), aunque a menudo los propios investigadores no son conscientes de ello; por eso es necesario explicitar esos fundamentos previos, porque «el desconocimiento de los fundamentos ontológicos de toda investigación sociológica termina en un doble retroceso (*refoulement*): ignorando la “región del ser” en la que opera, la sociología es incapaz de justificar racionalmente su origen, sus intenciones cognoscitivas, su estatuto de disciplina científica. Por otra parte, recusando las categorías ontológicas fundadoras, tales como han sido formuladas desde Aristóteles a Husserl pasando por Spinoza, Kant y Hegel, la sociología se condena al impresionismo» (p. 102). Pocas afirmaciones son tan contundentes con respecto a las relaciones Sociología-Filosofía. Muchos seguirán sin comprender la importancia constituyente de la Filosofía para la Sociología, pero como afirma Uhl, su sociología quedara condenada al «impresionismo». Y esta afirmación no es una condena, sino

³ Asimismo afirma: «Los debates que tratan sobre la *naturaleza de la realidad social* (realismo, idealismo, constructivismo, interaccionismo, etc.) tienen todos una dimensión ontológica, e incluso metafísica» (p. 22).

una descripción fidedigna. En España los sociólogos más influyentes —a los que incluso a lo largo de los años se les continua citando— tienen un sólido anclaje en el suelo de la filosofía, y su sociología está construida y edificada con rigurosidad científica e intelectual, buceando en los problemas y analizándolos con profundidad.

En cualquier caso, la preocupación originaria de Magali Uhl es la relación sujeto-objeto en la investigación. Es decir, su «tercer hilo conductor» (que aquí no vamos más que a explicar muy superficialmente) es una verdadera teoría del conocimiento: por tanto, no una simple «epistemología» sino una «gnoseología». En este sentido, Uhl es deudora de la filosofía moderna y de su doble prioridad: el conocimiento y la relación «sujeto-objeto», frente a la filosofía anterior a Descartes, centrada en la metafísica y el ente en cuanto tal. Sus influencias aquí son dos: Kant y la fenomenología. Su «kantismo» queda reflejado ya en la formulación de su cometido: «una crítica teórica o trascendental de sus condiciones de posibilidad [de la Sociología]» (p. 13). Y precisamente por partir de las condiciones a priori Uhl se centra en el sujeto, revelando —como digo— su arraigo en la modernidad: «mi investigación trata así ante todo sobre el condicionante, el constituyente, el instituyente de la investigación, aunque lo condicionado, lo constituido, lo instituido representen regiones del ser que tienen su importancia» (p. 14). Recurre, del mismo modo, a la fenomenología y a todo su bagaje teórico (sobre todo husserliano) en torno a la «intencionalidad», «epojé», «noesis-noema», etc. Por todo ello, Uhl habla del «sujeto constituyente» de la investigación. El sujeto, la subjetividad, tiene el papel rector de la investigación (sin negar, dentro del mismo espíritu fenomenológico, la esencialidad de la

realidad, la idea de una donación del objeto antes de toda construcción teórica, etc.).

Sin embargo, este sujeto es concebido como un «ser de deseo» (*être de désir*), como un ser vivo concreto y no como un agente descarnado o un operador abstracto. Por eso, la sociología del conocimiento se equivoca cuando pretende reducir toda explicación del conocimiento a sus condiciones de producción y de reproducción. Empero, para Uhl lo «constituido» en el sujeto es un dato derivado, porque un sujeto «jamás es reducible a pulsiones primarias, a pertenencias de clase, a identidades culturales o sexuales, a aspiraciones de poder, etc. Estas determinaciones objetivas muestran, evidentemente, que hay algo constituido en el sujeto —pretender lo contrario invalidaría todas las ciencias humanas— pero ellas prueban sobre todo que las reflexiones sobre lo constituido reenvían invariablemente al constituyente, es decir, al sujeto mismo en su ipseidad fundamental en tanto que ser de deseo y deseo de ser y de conocer, fuente constituyente de todo conocimiento» (p. 189). Esto significa, igualmente, que es imposible dar explicaciones reduccionistas y monolíticas, en el sentido de explicar la riqueza del ser humano desde categorías únicas: ya sean sociológicas, económicas, etc. Cuando esto último ocurre «aparece un sujeto estrecho, aprisionado en su universo pulsional, fantasmagórico, institucional, volitivo, axiológico, etc. Se observa entonces una reducción del sujeto a las condiciones de su producción o de su “construcción social”» (p. 190). Con ello queda claro que la postura de Uhl no puede estar de acuerdo con la actual sociología del conocimiento, porque ésta olvida la anterioridad constituyente (creadora) del sujeto y se centra en lo constituido y condicionado. Se quiere evitar con ello destruir el propio valor cognoscitivo de la Sociología y

la ilegítima reducción de la realidad a estratos y condiciones estructurantes. El sujeto es el donador del sentido: «es a favor de un acto de amor que el objeto deseado se revela al investigador y le entrega su secreto, que ninguna manipulación experimental, ningún cuestionario, ningún tratamiento de datos podría aprehender» (p. 189). No me parece aventurado afirmar que Uhl se sitúa, con estas palabras, dentro de un enfoque filosófico (y no simplemente epistemológico) que concibe al científico no absolutamente determinado por todos esos condicionantes y estructuras de poder y negociación, ni por constricciones institucionales, profesionales o universitario-administrativas (como afirma la sociología de la ciencia), sino como un enamorado del conocimiento y de la investigación; como un sujeto volitivo que es capaz de trascender (lo que no significa negar) sus condicionantes y no quedar reducido a la estrechez profesional. Por eso elegí cuidadosamente mis palabras al comenzar esta reseña. Para Magali Uhl el sociólogo no es un simple profesional enmarcado dentro de la estrechez empobrecedora de una disciplina, un programa y un presupuesto; sino un sujeto viviente y queriente en apertura ilimitada a la realidad que es, en sí misma, ilimitada y totalizadora. Quién piense que la concepción de Uhl y de sus maestros es «utópica», debería pensar si para él la Sociología es algo más que un modo cualquiera de ganarse la vida. Para Uhl desde luego que no. A fin de cuentas aquí estamos hablando de verdaderas *Weltanschauung* de fondo y opuestas entre sí.

En definitiva, desde mi punto de vista (y aun con reparos por no querer reinterpretar erróneamente a la autora), la tentativa de Uhl parece querer mantenerse en equilibrio entre el realismo, el idealismo y el constructivismo. Así, aunque afirma el carácter construido de lo constituido en el sujeto, no sitúa ahí la explicación última de la relación sujeto-objeto de la investigación. Por el contrario, la retrotrae hasta ese fondo personal creador que ella llama «sujeto de deseo» y que no puede ser reducido ni enclaustrado, ni en disciplinas ni en condicionamientos estructurantes. De este modo, el investigador en cuanto sujeto de deseo creador puede saltar las barreras institucionales y metodológicas entre disciplinas, porque la realidad es una totalidad compleja. Finalmente, y tratando de salvar el carácter subjetivo (que no subjetivista) kantiano de su gnoseología, recurre a la idea de «esencia» y a la idea de donación de la realidad. De este modo, aunque concede la precedencia constituyente del sujeto sobre el objeto (la subjetividad trascendental da sentido al mundo), pretende equilibrar esa postura (se juzgará por el lector si con acierto o no) con cierta recurrencia a la pasividad cognoscitiva del sujeto.

Sea lo que fuera de todo lo dicho, y se esté o no de acuerdo con sus propuestas concretas, lo fundamental de este libro es su «existencia». Es decir, que una socióloga se haya embarcado en una reflexión de tanto calado filosófico con voluntad de rescatar el valor intelectual que la sociología se merece.

JESÚS ROMERO MOÑIVAS
*Centro Universitario Villanueva (UCM) y
 Universidad San Pablo-CEU*

Juan Jesús GONZÁLEZ y Miguel REQUENA (eds.)
Tres décadas de cambio social en España
Madrid, Alianza Editorial, 2005

En caso de que todavía siguiera teniendo alguna vigencia aquella famosa expresión de Ortega según la cual, en cita libre, lo que nos pasa en España es que no sabemos lo que nos pasa, este libro sería un buen instrumento para empezar a despejar algunas de las incógnitas que podrían estar volviéndonos ignorantes respecto de nuestra propia realidad.

Juan Jesús González y Miguel Requena, junto a un grupo de compañeros del Departamento de Sociología II (Estructura Social) de la UNED, nos ofrecen la posibilidad de repasar el proceso de modernización experimentado por la sociedad española en los últimos treinta años; sin lugar a dudas, el período de transformación más profunda y acelerada de cuantos ha vivido este país en los últimos siglos de historia compartida. Para intentar iluminar el proceso vivido a lo largo de estas tres décadas de ejercicio democrático se valen de las herramientas propias de nuestra disciplina sociológica, con todo lo que ello encierra de posibilidades analíticas y de límites infranqueables. Que nadie espere encontrar en el texto nada parecido a las descripciones literarias destinadas a curiosos ocasionales que la sociología mediática imparte como doctrina cierta desde las tertulias al uso. Lo que aquí se pretende es analizar la realidad social en serio, rescatando de debajo de las apariencias más superficiales, la estructura que subyace y da sentido a movimientos aparentemente caóticos e incomprensibles para el observador —al mismo tiempo sujeto, actor y protagonista atónito del extraordinario proceso de cambio— y

el futuro lector del libro que se encuentre menos equipado teóricamente. Cuando lo que prima hoy en día es una sociología ensayística, anecdótica y literaria, resulta imprescindible poder disponer de textos que sigan intentando rescatar y actualizar el análisis estructural, puliendo y afinando las viejas herramientas conceptuales que desde los padres fundadores hasta ahora han mostrado su potencia y relevancia para entender nuestra sociedad, ese enigma permanente.

El análisis parsimonioso y académico que se ofrece en el libro exige de un compromiso absoluto con la evidencia empírica realmente disponible, lo que implica ofrecer únicamente aquellas afirmaciones y descripciones de la realidad que puedan ser apoyadas sobre datos “duros”, sin dar un paso más allá de lo que permitan decir éstos ni pretender alcanzar con metáforas y juegos de palabras lo que está fuera de cualquier comprobación y prueba rigurosamente contrastada. El resultado es un manual que puede ser perfectamente usado por los alumnos en cursos de Estructura Social de España o Cambio Social, pero que sin embargo excede en muchos de sus capítulos los requerimientos de un alumno y ofrece también elementos novedosos para el estudio de sociólogos y otros profesionales que deseen obtener una visión de conjunto sobre los aspectos más importantes de la España contemporánea.

Tras la introducción que escriben los dos editores, la obra se abre con un capítulo clásico en este tipo de manuales en el que se

repasan las bases demográficas de la sociedad española: el rápido declinar de la natalidad, la escasa fecundidad y la bajísima mortalidad de los últimos años que nos han llevado a contar con una población en acelerado proceso de envejecimiento y que habrá de enfrentarse a retos enormes en el futuro si desea mantener los actuales niveles de bienestar y prosperidad económica. A este primer capítulo de M. Requena le sigue en perfecta coherencia lógica con el anterior un interesante análisis de Teresa Jurado sobre los cambios experimentados por la institución familiar. Ni la conocida como segunda transición demográfica, ni la actual pluralidad de modelos familiares habrían sido posibles sin un incremento notable de los niveles de tolerancia general y sin el imparable proceso de emancipación vivido por las mujeres españolas, que de la mano de la expansión educativa, acceden en proporción cada vez mayor al empleo remunerado y que, pese a todas las barreras que aún persisten, consiguen adaptar su estrategia familiar y reproductiva hasta hacerla compatible con su carrera profesional. Eso sí, sin que por el momento se haya avanzado demasiado en la equiparación de tareas por género, asunto éste que sigue siendo todavía más bien un discurso mayoritariamente mantenido, por ser políticamente correcto, que no una realidad empíricamente comprobable en las prácticas cotidianas de los hogares.

Ahora bien, probablemente el trabajo más importante de cuantos se incluyen en el libro sea el capítulo sobre mercado de trabajo, ocupación y clases sociales que firman Luis Garrido y Juan Jesús González. En la línea de los grandes análisis de estructura de clases, describen los cambios más importantes que ha experimentado la estructura ocupacional, intentando realizar una descripción rápida y amplia pero que resulte al mismo tiempo bien fundada teóricamente, a

la luz de autores como Goldthorpe y Wright. En líneas generales, la estructura ocupacional española queda definida por la pérdida de peso del sector agrario, la expansión de las nuevas clases medias asalariadas, la evolución del proceso de asalarización, y el aumento de la cualificación de la fuerza de trabajo.

No obstante tras dejar constancia de estas tendencias bien conocidas, los autores no se quedan en la mera descripción y, apoyándose en el análisis minucioso que realizan de las series de datos que ofrece la EPA, someten a crítica la afirmación ampliamente extendida de que el mercado de trabajo se ha segmentado y polarizado cada vez más, llegando a la conclusión de que si bien el elevado grado de temporalidad en el empleo puede reflejar una situación estructural vinculada a la existencia de un mercado secundario marcado por la estacionalidad, los bajos salarios y la precariedad, también es cierto que, en gran medida, la abundancia de los empleos temporales se justifica igualmente por razones de tipo estratégico, y puede que este tipo de empleos representen, en lugar de una dualización estable y permanente de las ocupaciones, más bien una especie de coste añadido que han de asumir buena parte de los trabajadores jóvenes durante las primeras etapas de su proceso de integración laboral pero que a largo plazo tienden a dejar atrás a medida que se desarrolla su carrera laboral y se produce su plena incorporación al mundo del trabajo.

De todas formas, si alguna objeción cabe hacer a un capítulo tremendamente iluminador podría ser el hecho de que en su análisis de la segmentación del mercado de trabajo se ciñan casi exclusivamente a examinar una de sus formas particulares de expresión como es la temporalidad en el

empleo, siendo así que habría otros muchos aspectos o indicadores (salarios, condiciones de trabajo, horario, prestigio social, etc) que podrían añadirse al del tipo de contrato para mostrarnos la fragmentación y precarización actual de los empleos. Más aún si pensamos que, en la práctica, con el abaratamiento de las condiciones de despido y la reducción de los beneficios por antigüedad que existían en otros tiempos, está cada vez menos claro que el contrato indefinido represente tan grandes ventajas comparativas con respecto a la situación que viven los contratados a tiempo parcial como las que suponía el llamado "empleo fijo" hace un par de décadas.

Por lo demás, no deja de resultar un tanto amargo ver cómo nuestras viejas y entrañables categorías analíticas sobre las clases sociales, acaban viéndose hoy día enormemente limitadas en su alcance explicativo a la hora de intentar extraer algunas implicaciones sociopolíticas de las enormes transformaciones experimentadas por la estructura ocupacional española. Todo ello a pesar de que como buenos sociólogos estructuralistas nos mantengamos empeñados voluntariamente en seguir introduciéndolas en el análisis de la realidad social contemporánea. Lo cierto es que al contemplar el magma heterogéneo que confluye en las llamadas nuevas clases medias, tal y como González y Garrido afirman: "toda pretensión de encontrar ahí un nuevo sujeto sociopolítico (para bien o para mal) resulta vana".

A estos capítulos iniciales, le siguen un estudio sobre la inmigración, asunto sobre el que ningún trabajo que aspire a dar cuenta de los principales cambios experimentados en España puede dejar de hablar hoy en día. Además de explotar los datos habituales que proporciona el Ministerio del Interior sobre permisos de residencia en vigor, de repasar

la información que proporciona el Padrón y de presentar la evolución seguida por las afiliaciones a la Seguridad Social, se lleva a cabo un detallado estudio de los microdatos ofrecidos por la EPA, para poder hacer así la disección de realidades tan sorprendentes como el hecho de que 2 millones de empleos de entre los 6 millones que se han creado en la última década, correspondan a la inmigración. Un análisis estructural y global de este tipo, realizado por uno de los mayores conocedores de la EPA como es Luis Garrido, resulta imprescindible en una sociedad que se encuentra todavía "poco familiarizada por el fenómeno migratorio" y que tiende a dejarse llevar por el impacto en los medios de comunicación de noticias puntuales que magnifican los conflictos y llevan a la opinión pública a elevar los temas migratorios en las encuestas del CIS hasta la segunda posición en la lista de los "problemas" más importantes del país, siendo así que las personas inmigrantes aportan, junto a retos evidentes, la única solución disponible para algunos de los problemas estructurales más importantes que tenemos planteados, como es el caso del envejecimiento demográfico o la pérdida de capacidad productiva.

El libro se completa con otros capítulos en los que se analiza el surgimiento y evolución del Estado de bienestar en España, con las peculiaridades que le hacen aparecer como un caso específico dentro del llamado modelo mediterráneo, caracterizado por una dualización de las prestaciones a favor de los mayores y en perjuicio de los más jóvenes, unos relativamente escasos niveles de protección social y un importante sesgo familiarista. El repaso de los llamados tres pilares del Estado de bienestar (pensiones, educación y sanidad) se detiene sólo en el segundo, con un análisis que realiza de modo sintético Miguel Requena, con lo cual

se hace aún más evidente la falta de un par de capítulos dedicados a los otros dos, sobre todo si tenemos en cuenta que probablemente los dos logros más importantes alcanzados por la sociedad española contemporánea han sido la universalización de la Seguridad Social y de la Sanidad.

No se olvidan en cambio de repasar la situación de los más empobrecidos, en un capítulo redactado por Olga Salido en el que se resumen los enfoques teóricos más habituales para el estudio de la pobreza y se presenta el estado de la pobreza y la desigualdad en España, todo ello mediante un análisis macro en el que sólo la habilidad de la autora consigue salvar los casi infranqueables obstáculos que representan la escasez y la dispersión de las fuentes de datos existentes. Éste es sin duda el gran mérito y a la vez la tremenda limitación que se refleja en casi todos los trabajos reunidos en el libro: para hacer un estudio longitudinal y macrosociológico del cambio social en España, no contamos con series de datos homogéneas, y continuamente hemos de recurrir a una sobreexplotación de las pocas fuentes fiables que existen disponibles. Desengañémonos, en España se sigue investigando poco y con escasa continuidad, la Administración es poco proclive a hacer un seguimiento detallado de los problemas sociales y adolecemos de un bajísimo nivel de transparencia informativa, con lo cual hemos de acudir una y otra vez a los pocos y a menudo esporádicos intentos de obtención de datos primarios, llevados a cabo muchas veces en condiciones casi heroicas. Sólo así se explica que el sofisticado y meritorio

análisis que realiza Javier Echevarría sobre la movilidad social, deba recurrir, nuevamente y a falta de otras fuentes más cercanas, a la Encuesta ECBC del año 91.

El libro se completa con un par de lúcidos y concisos capítulos de J.J. González y Miguel Requena sobre la evolución del sistema de partidos y sobre el acusado proceso de secularización experimentado por la sociedad española desde la llegada de la democracia.

Sin duda el libro está llamado a convertirse en un referente obligado y necesario para los estudiantes y estudiosos de la sociología en España, por lo que hay que agradecer el esfuerzo realizado tanto por los autores como por la editorial al darlo a la luz. Con todo, tal y como viene siendo habitual en los manuales que se publican en nuestro país, se echa de menos la posibilidad de disponer de gráficos en colores, teniendo en cuenta que en algunas ocasiones la representación gráfica necesita distinguir entre más de diez líneas de tendencia. Por lo demás, la voluntad didáctica de la obra encuentra un buen reflejo en los resúmenes que figuran al terminar cada capítulo y en el glosario que se incluye al final de la obra, en donde es posible encontrar las definiciones de aquellos conceptos clave que aparecen diseminados en el texto y resaltados en negrita, lo que sin duda será de mucha ayuda para el lector más inexperto que requiera de una clarificación inmediata sobre alguno de los términos especializados que se emplean en el libro.

PEDRO JOSÉ CABRERA
Universidad Pontificia de Comillas